

# TOCAR (Y NO PODER TOCAR) EN LA FRAGILIDAD

JOSÉ CARLOS BERMEJO, *Tres Cantos (Madrid)*

Fotografía: Daniel Alarcón



Coger de la mano, besarse, abrazarse, acariciarse. ¡Qué verbos tan potentes para humanizar! Nadie prescinde de ellos en su vida. Ni siquiera esos que dicen «que no les gustan los besos, o algo parecido». Conjugando estos verbos, vivimos, construimos nuestros vínculos, los reforzamos, nos procuramos salud: saludos, cariño, ternura, placer, consuelo. Son también un rito de encuentro... y de despedida.

¡Qué incomodidad, la falta de estos verbos conjugados, aunque sea temporalmente! ¡Qué rico apretón de manos sincero, qué rica caricia, qué rico beso de amor –sensual o no–, qué sabroso modo de relacionarse!

## Ante el coronavirus

Durante el tiempo de confinamiento, estamos privados de muchísimos de estos momentos. Muy duro es privarse de ellos al final de la vida. Darlos a nuestros seres queridos enfermos y al final, recibirlos de nuestros seres queridos... es vivir humanamente, al modo que nos caracteriza. Privarse de ello es una experiencia de desierto, de impotencia, rabia... A veces, desolación. Mascamos la incomodidad, nos duele.

La privación del contacto en la fragilidad, nos hace experimentar más aún la pobreza. En ocasiones, sentimos que es una experiencia amarga. Porque, ¡qué poder el de la mano, el del contacto corporal!

## El contacto corporal

Tocarse es también pecado. Ya lo creo. Lo es cuando hiere al otro, cuando es fruto de la violencia que termina en algo más que palabras. Tocarse es incómodo: cuando el autobús o el metro van a tope, nos sentimos fatal. Tocarse es, muchas veces, algo frío y rutinario: hay que saludarse. Pero tocarse es también comunicarse afecto íntimo y gozoso. Es acoger desinhibidamente la suave piel del niño y descargar en ella ternura sin medida. Es prestarse un servicio diagnosticando o curando enfermedades. Es, otras veces, comunicar, como en un abrazo sin agujeros, afecto sincero. Y tocarse es acoger la fragilidad del que sufre.

## Coger de la mano del enfermo

Quizás sea este el contacto corporal más denso, el más difícil de vivir. Violencia, incomodidad, frialdad, intimidad, ternura, terapia, afecto, se dan cita en una mano que sostiene la de un enfermo o la de una persona angustiada. A veces, coger la mano de un enfermo requiere coraje, casi es un gesto de violencia consigo mismo. El contacto nos acerca y nos deja desprotegidos. Nos comunica, pero nos despoja de la máscara que permite la distancia. Nos pone en relación íntima y acogedora y descarga sobre nosotros emociones fuertes: la gran satisfacción de la cercanía y la impotencia ante el sufrimiento ajeno. ¡Pero más duro es no poder hacerlo!



Fotografía: Daniel Alarcón

Cuando el visitante o el profesional sanitario cogen la mano del enfermo, parece como si, por conducción, parte del sufrimiento pasara del enfermo al visitante. Así, el contacto corporal es terapia, sobre todo para quien no puede «curarse», pero es también fuente de tensión para quien osa romper la barrera que nos separa. Como lo es el silencio, que genera una tensión tan fuerte que no siempre se puede soportar. En tiempos de coronavirus, esta relación, en ocasiones, es también representativa o supletoria o hecha «en nombre de» las familias que no pueden estar presentes.

Apretarse las manos, acariciar, es una experiencia que levanta el ánimo, reconstruye a la persona, sobre todo si en las manos está el corazón. San Camilo de Lelis, experto en la atención a los enfermos, les decía a sus compañeros hace cuatro siglos: «más corazón en esas manos, hermanos». Es que las manos, el contacto corporal, tienen mucho poder cuando en ellas está puesto el corazón.

¿Quién puede saber lo que ocurre cuando tenemos entre nuestras manos las de un paciente despavorido, o cuando cogemos las de un anciano solo o desorientado? ¿Quién puede cuantificar el valor de un abrazo que se da a quien ha perdido al esposo, cuando siente que lo único que tiene en torno suyo son nuestros brazos? Privados de ello, queda el hilo espiritual de conexión, la dimensión trascendente.

### Armonía entre palabra, silencio y gesto

Poder, libertad, impotencia, todas juntas en una mano que sostiene a otra enferma. El silencio y la profundidad del gesto significan: estoy contigo, no tengo palabras, pero comparto tu dolor. Un apretón de manos, una caricia, como un fuerte abrazo, no se lo lleva el viento. Pesan más que las palabras. Nuestras manos son capaces de hacer cosas admirables, milagros, como los hacía Jesús con su contacto terapéutico.

Quizás la armonía entre palabra, silencio y gesto, la encuentra quien escucha con el corazón.

### Reflexión tras leer el artículo

El autor nos dice que tocar es comunicar afecto, es acoger, es prestar un servicio diagnosticando o curando enfermedades... pero también puede ser frío o rutinario, incómodo, e incluso puede provocar violencia. ¿Cuál es nuestra experiencia?

Armonía entre palabra, silencio y gesto:

- ¿Cómo la vivimos en nuestra relación con los enfermos, los ancianos, los más frágiles?
- ¿Y en las relaciones cotidianas?
- ¿Y en nuestras celebraciones?